

CAPITULO XIX

Al entrar en el comedor, lord St. Just pensó no haber visto cuadro tan precioso como el que la bella madre y los rientes niños presentaban. Aproximóse á ellos y trató de abarcarlos á los tres entre sus brazos. Lo consiguió.

—Ahora,—dijo,—tengo en mis brazos todo lo más adorable, precioso y querido en el mundo. Pero que traigan ese desayuno, Bibiana,—añadió,—este aire de Mayo abre singularmente el apetito.

La mesa ofrecía un aspecto tentador, con su costosa plata, su fina porcelana, sus flores y su tallada cristalería. Lady St. Just ocupó su puesto, colocando un niño á cada lado. Los pequeños chrlaban alegremente, y su madre les escuchaba sonriendo, cuando entró un criado con el correo.

—Déjelas usted ahí,—dijo lord St. Just.

Y luego, volviéndose á su mujer, añadió riendo:

—Creo una lástima que el correo no sorprenda siempre en el desayuno; siempre, entre tantas cartas, hay una desagradable, que deja mal sabor para el resto del día.

—Espero que no habrá ninguna desagradable hoy,—replicó Bibiana.

Lord St. Just parecía no tener mucha prisa en examinarlas; disfrutaba oyendo la charla de sus hijos.

—¡Dame los sellos, papá!—exclamó Francisco, que poseía una hermosa colección, debida á la solícitud de su padre.

—Déjame leer primero las cartas,—dijo milord placenteramente,—y después los tendrás todos.

Fué mirando los sobres negligentemente.

—Una de Ryan,—dijo,—otra de tus joyeros, Bibiana; y ésta, para tí también, de una letra que no conozco. ¡Una preciosa letra por cierto!

Entrególe la carta á Arturo.

—Dale esto á tu mamá, Arturo,—dijo.

Pero el niño, deseoso de jugar, dijo.

—Mamá, á ver si me la coges.

Y escapó, tratando de esconderse detrás de un sillón.

Era una invitación á loquear, y lady St. Just así lo entendió. Madre é hijo comenzaron el juego. Era terrible, como si un niño jugase con la brillante hoja de acero que le ha de traspasar.

—Vamos, Arturo, dame esa carta,—dijo lady St. Just.

Y el niño, comprendiendo que la orden era seria, se la entregó.

Peró no terminó la francachela sin haber hecho algún daño: pegó un manotazo á la rosa que su madre llevaba en el escote y esparció los rojos pétalos por el suelo. Bibiana corrió tras él, tomóle en brazos y le cubrió de besos.

—¡Ah picarillo!—exclamó.—Adrián, es tarea imposible leer cartas mientras estos diablitos están aquí... es preciso echarles á cajas destempladas.

—No te ocupes de las cartas, Bibiana,—replicó St. Just.—El aya no tardará en acudir... y las cartas pueden esperar.

Así, continuó jugando con los pequeños, mientras las cartas esperaban sobre la mesa, y entre ellas la que había llamado la atención á milord. Bibiana había echado una ojeada sobre ella, pero la letra le era desconocida. Era tan vulgar, tan gruesa y legible, que pensó debía ser alguna petición; éstas, por lo general, llevan direcciones muy bien escritas.

Después terminó el juego. Acudió el aya por los niños, y éstos salieron llevándose un sin fin de caricias.

—Me han dejado hecha un adefesio,—dijo lady St. Just con una sonrisa.

Los pétalos de la rosa salpicaban su falda; sus cabellos estaban despeinados.

—¡Y había hecho una "toilette" tan esmerada hoy! ¡Qué diablos de chiquillos, Adrián!

—No tienen otra cosa que hacer,—dijo lord St. Just respirando con satisfacción.

Después inclinóse hacia su mujer.

—Siempre estás hechicera, reina mía. Me gusta verte con el cabello descompuesto. Los niños saben que te va bien.

—Eres un adulator, Adrián,—dijo ella, á tiempo que lord St. Just salía del comedor.

Se detuvo delante del espejo para arreglarse un poco los cabellos y olvidó por completo la carta de marra.

La recordó cuando un criado entró á levantar los manteles.

—Milady ha olvidado esto,—dijo el doctístico entregándole la carta.

—El petitorio,—se dijo,—veamos qué sabor hay que remediar.

Se detuvo un momento, como había hecho su marido, examinando la letra; y después abrió el sobre; lo abrió con una sonrisa en sus labios que no debía verse ya más allí.

El aposento pareció girar en torno suyo; un velo de sangre se extendió ante sus ojos; luego desvaneció y las letras se presentaron como escritas con fuego.

—¿Quiere usted acudir inmediatamente, lady St. Just? Me estoy muriendo, y no puedo morir hasta que no la haya visto. Venga sola... tengo algo que comunicarla á usted. No tarde usted... venga hoy mismo.

—Su siempre devoto,

GERARDO NORMAN."

Las señas, calle de Victoria, Regent's Park. La letra del sobre le era desconocida, pero la de la carta era de Gerardo; débil, casi legible, de mano de un moribundo.

Así, pues, estaba en Londres; había regresado de América. ¡Qué extraño era que no le hubiese anunciado su regreso! ¡Qué extraño que estuviese moribundo sin saberlo ella!

Y tenía algo que comunicarle. ¿Qué sería? Un mortal, horrible temor que no podía explicarse, y para el cual no tenía nombre, se apoderó de ella;

CAPITULO XX

Las casas de la calle de Victoria todas son por un estilo, grandes, de respetable aspecto y ventiladas. La mayor parte de ellas están subdivididas en departamentos, y sus moradores, gente profesional, pintores, cuyos estudios están en otra localidad, músicos, escritores y editores, cuya ambición es quizás más alta que los medios de satisfacerla; médicos de regular reputación. Es una calle tranquila y respetable, ni alegre ni aburrida, pero donde los vecinos toman un quieto interés los unos por los otros y donde la desaparición de cualquiera de los notables es comentada.

Lady St. Just jamás había estado en aquella calle. Buscó ansiosamente el número que Gerardo Norman le indicaba, y cuando el coche se detuvo, miró con mayor ansiedad la casa. Era de gran fachada, con verdes balcones y un pequeño jardín á la entrada; el verdadero ideal de una vivienda decente. Unas pocas flores de triste aspecto vegetaban en el jardín; en todas las ventanas había persianas verdes.

—¿Entro con usted, milady?—dijo Juana, cuando el vehículo se detuvo.

—No,—replicó lady St. Just.—Y aun cuando tarde, no se mueva usted hasta que yo vuelva.

En respuesta á su llamamiento, apareció una doméstica, que miró con sorpresa á Bibiana. Esta se había vestido lo más sencillamente posible, pero no le era dado ocultar la magnificencia de su figura, ni la grande, noble belleza de su tez. La muchacha quedó confusa ante la inusitada visión, y lady St. Just preguntó si podía ver á Mr. Norman.

—No sé. Dicen que se está muriendo,—replicó la muchacha.

Bibiana se impresionó al oír estas palabras. ¿Morir allí el pobre Gerardo!

—¿Quiere usted que llame á mi señora ó á la enfermera?—preguntó la criada.

—Mejor á la enfermera,—dijo Bibiana.

Y momentos después la muchacha volvió con ella, una mujer de aspecto benévolo é inteligente, que le hizo una profunda cortesía.

—¿Supongo,—dijo,—que es usted la señora que Mr. Norman espera?

—Sí,—dijo Bibiana,—y quisiera que me lleva se usted á su cuarto inmediatamente. ¿Está mejor?

—No,—replicó la enfermera;—y siento decir que Mr. Norman no tendrá mejoría ninguna en este mundo, señora. Creo que no vivirá muchas horas; pero esta mañana me dijo que no podía morir sin haber hablado con usted.

De nuevo aquellas palabras le produjeron el efecto de un golpe. ¿Qué podían significar?

—¿Quiere usted seguirme, señora?—dijo la enfermera, que, como la criada, se sentía impresionada por la admirable gracia y magnífica belleza de la desconocida.

Siguióla escaleras arriba para llegar á un gabi-

un sutil instinto le dijo que la entrevista estaba relacionada con su pecado.

No podía morir sin haberla visto. ¿Por qué? Ella no tenía en sus manos la paz del alma de aquel hombre. ¿Por qué diría aquello? Después se reprimió por abrigar necios temores. Aquel pobre secretario la había amado locamente. Tan sólo deseaba verla y darle su último adiós.

¿Qué podía decirle concerniente á su pecado? Se había arrepentido de él; el pobre niño había muerto; todo el asunto había terminado hacía tiempo. ¿A qué temer?

Acudiré inmediatamente,—se dijo.

Levantóse de la silla, pero tuvo que esperar unos momentos, pues temblaba como la hoja en el árbol.

Transcurridos unos minutos salió del comedor. Encontró á lord St. Just en la escalera, y desvió el rostro temiendo que notase la palidez de su rostro; después le miró.

—Adrián,—dijo,—no podré dar mi paseo á caballo contigo. He de acudir á asuntos míos.

—Está bien, querida mía,—replicó él descuidadamente.

Adrián jamás le pedía cuentas de sus acciones á su mujer.

—No nos veremos hasta la hora de comer,—continuó Bibiana;—no sé cuánto tiempo estaré ocupada.

—No olvides que tenemos convidados,—le recordó su marido;—gente política, Bibiana... y deseo que estés presente.

—No lo olvidaré,—respondió ella.

Y se dirigió presurosa á su habitación.

—Voy á salir,—dijo á la fiel Juana, que aun permanecía á su servicio.—No... no el traje de montar... un vestido sencillo y un chal, Juana, vendrás conmigo. Me siento nerviosa.

La doncella miró á su señora.

—¿Supongo que no ocurrirá nada grave, milady?—dijo.

—¿Qué grave podía ocurrir, Juana?—preguntó lady St. Just.

—Nada; así lo espero... pero, milady, veo en su semblante la antigua expresión que había desaparecido desde su casamiento.

—¿De veras? Pues debería darme vergüenza, y haré porque desaparezca. No quiero llevar el carruaje,—dijo.—¿Quiere usted buscar un coche de punto? No deseo que se fije nadie en mi salida. Busque usted el coche, Juana, y vistase para acompañarme.

La fiel doméstica movió la cabeza al salir para complimentar las órdenes de su señora.

—Milady podrá decir lo que quiera, pero tengo la seguridad de que aquí pasa algo. Esa es la misma triste, ansiosa expresión que solía tener y que no habíamos visto hace tanto tiempo.

Lady St. Just entró en el carruaje y dió las señas al cochero, volviéndose luego á su doncella.

—Te diré, Juana, á dónde vamos... Mr. Norman se muere y ha enviado por mí.

—Aquí hay algo, estoy segura,—pensó Juana;—pero Dios sabe-lo que hay.

nete de buenas luces y bien amueblado. En mitad de él se veía un lecho cubierto con cortinaje carmesí; allí estaba Gerardo.

Bibiana vió el blanco rostro demacrado, con tintas lividas sobre él; vió dos grandes, ardientes casi desesperados ojos, que la miraron con hambrienta expresión; vió las transparentes manos flacas y afiladas, que se tendieron á ella, y ella se sentó á su cabecera sin poder reprimir las lágrimas.

—Bibiana,—murmuró el moribundo, y jamás en su vida había oído lady St. Just cosa más terrible que aquella voz;—por fin ha venido usted... por último,—y los velados ojos parecían tomar nota de cada rasgo de aquel bello semblante.—Por último... había esperado tantas horas... negras, espantosas horas; y la muerte... vea usted, la muerte aquí á mi lado, pero sin atreverse á extender su mano hasta que usted no hubiese venido!... ¡Usted mi reina, mi adorada mi único amor!

Ella levantó la cabeza con un gesto de aviso.
—Ya lo sé,—dijo él;—es usted esposa de otro hombre, pero esto no aminora mi amor, querida mía, no lo refrena, aun cuando usted no me haya amado nunca.

—¡Mi pobre Gerardo,—dijo ella gentilmente,—qué fiel amigo ha sido usted para mí... qué fiel y qué bueno!

—Sí, y me muero porque la amo tanto. He hecho todo lo posible; he tratado de vivir sin usted, de llenar mi vida con otros cuidados. No he podido y me muero.

—¡Mi pobre Gerardo!—exclamó ella con llorosos ojos.

—Rico Gerardo,—enmendó él.—He vivido para usted, mi dulce amor sin esperanza... vivido, pecado, sufrido. Y muero por usted. Recuerde usted esto y no piense mal de mí. Sé,—dijo débilmente,—que su amor constituía mi vida; pero no creía que la echaría de menos tan terriblemente. Bibiana, ¿puedo estrechar su mano siquiera una vez? Soy un moribundo, querida, y muero por usted.

Ella tomó la enflaquecida mano del enfermo y la retuvo entre las suyas.

—Bibiana,—dijo Gerardo,—tengo sed de saber... dígame usted; ¿ha sido usted feliz desde que se casó? No imagine usted que en mi corazón caben estúpidos celos... sino que deseo saberlo. Quiero saber si ha sido usted feliz.

Y sus ojos la miraban con desesperada fijeza, con algo casi de fiereza.

—Dígame,—repitió,—¿ha sido usted feliz? En verdad...

—Sí,—contestó ella;—he sido feliz.

Una súbita, casi hermosa luz iluminó las facciones del moribundo. Bibiana comprendió cuánto le deleitaban sus palabras, y continuó:

—He sido tan feliz que la tierra me ha parecido un paraíso. Amo inmensamente á mi marido, Gerardo; es noble y generoso; me es afecto, y pasa su vida procurando mi felicidad. Después tengo dos hijos preciosos. ¡Oh Gerardo! ¿por qué no venía usted á nuestra casa en vez de recluírse

aquí solo? Le hubiese cuidado y asistido como si fuera usted un hermano mío.

—No se cuide usted de mí,—dijo él con desfallecimiento;—hábleme de su felicidad.

—Es tan grande,—dijo lady St. Just,—que casi es perfecta.

—¿Dice usted que esos años de felicidad compensan aquellos otros de sufrimiento?

—Sí, sin duda.

—Y dígame usted, Bibiana... estrécheme usted la mano con más fuerza, querida... siento que se va enfriando... ¿á no haberse usted casado, no hubiera sido tan feliz?

—No,—contestó ella,—jamás.

—Entonces estoy satisfecho,—dijo Gerardo.—Y, Bibiana, ¿no se hubiera usted casado nunca á no saber que Osvaldo había muerto?

—Jamás,—contestó Bibiana.—Jamás me hubiera casado con ese espantoso secreto sobre mi alma. Pero, Gerardo, todo eso pasó; no hablemos más de ello, pues estoy arrepentida; he suplicado por perdón noches y días; he sido buena con todos los niños por la... memoria de aquél. No hablemos de ello.

Lady St. Just vió que la lividez se acentuaba en el rostro del moribundo.

—¿De modo que estos últimos años ha sido usted feliz, querida mía?—repitió él.

—Sí,—contestó ella;—pero ¿por qué me lo pregunta usted, Gerardo?

—Quizás me odie usted cuando se lo diga... quizás maldiga usted mi nombre; pero la amaba á usted tanto que determiné que fuese usted feliz, no importa lo que me costase, lo que yo sufriese ó lo que fuese mi pecado. Moriría ahora y mil veces más por verla á usted feliz.

—Pero, Gerardo,—preguntó Bibiana, sobrecojida por un terrible temor,—¿qué es ello... qué ha hecho usted?

—No me maldiga usted, Bibiana. Inclínese para que pueda decirselo al oído. ¡Amor... mi amor... Osvaldo no ha muerto... vive!

Bibiana levantó los brazos con un terrible grito; grito semejante al de uno que se ahoga; un grito tan angustiados que el moribundo se alarmó.

—No puede ser verdad!—jadeó ella mejor que dijo.—¡Es demasiado cruel... no puede ser verdad!

—¡Es verdad! Lo juro por el cielo,—dijo él débilmente.

Y luego reinó un profundo silencio entre ellos; silencio espantoso; más terrible que la quietud de la muerte.

El rostro que se levantó hacia él había cambiado en un momento; el rico color, la dichosa luz, la orgullosa, serena calma, habían desaparecido para nunca más volver. Era una faz terrible, tan livida como la del enfermo.

—¡Eso no puede ser verdad, Gerardo,—repitió ella;—sería demasiado cruel... no puede ser verdad!

—¡Tan verdad como hay un Dios!

—Pero ¿por qué obró usted así? Ha sido cruel, desapiedadado. ¿Por qué me ha engañado usted?

—Porque quería que fuese usted feliz. Sabía que amaba usted entrañablemente á un hombre;

y comprendí que sería usted desgraciada siempre por esta causa.

—¡Pero ni la mitad desgraciada que soy ahora!—exclamó Bibiana.—¡Ha sido usted cruel, Gerardo!

—No era esa mi intención,—fué la desfallecida réplica;—veía que era usted infeliz, y que no se casaría usted mientras ese secreto existiese entre usted y el hombre que usted amaba. Ya sabe usted, Bibiana, que yo estaba dispuesto á morir por usted. Viéndola á usted tan desventurada, preguntéme cómo podría hacerla feliz; y yo sabía que usted no podía ser feliz mientras el niño viviese.

Hizo una ligera pausa, y después continuó:

—Quiera Dios perdonarme, Bibiana, pero la amaba á usted tanto, que hubiese llegado á matarle por verla á usted feliz. Se me ocurrió otra idea... hacerle á usted creer que había muerto. Por este motivo marché á América. No veía otro medio. Yo era muy bueno para el niño; me amaba mucho... y me ama hoy también. Se lo tomé á mi hermano... viajó conmigo; y luego engañé á mi hermano lo mismo que á usted, pues él también cree que el niño murió.

—¿Cómo pudo hacer eso? ¿Cómo pudo usted hacerlo?—sollozó Bibiana.

Le había abandonado todo ánimo, toda fuerza, y ahora lloraba como un niño.

CAPITULO XXI

—Me fué fácil engañar á mi hermano,—continuó Gerardo con voz cada vez más débil.—Es un lector asiduo, un hombre estudioso; pero no le interesa el mundo ni lo que en él ocurre. Nada le sorprende; jamás está apesadumbrado, jamás alegre. Cuando le llevé el niño me preguntó: "¿Es hijo tuyo, Gerardo?" y al recomendarle que no me hiciera preguntas, no volvió á insistir. Mi hermano no se parece al resto de los hombres. Me fué muy fácil engañarle. Le dije que su tutela había terminado, que el niño había muerto y que podía regresar á Inglaterra. No me pidió explicaciones de ningún género ni hizo comentarios... él vino y yo me quedé. Mi pensamiento, Bibiana, era hacer pasar al niño como hijo mío, y no revelar á usted jamás la verdad; pero encontréme con que me moría. He trabajado mucho para que viviésemos los dos. Gastaba con él toda mi pensión. Le traje conmigo cuando conocí que me quedaba poca vida, y está aquí, en Londres; pero escécheme usted, Bibiana.

Milady reprimió su apasionado llanto y le miró.
—Escécheme usted, querida mía,—dijo Gerardo.—Está cambiado por completo; ya no es la criatura de entonces... astuto, falso, indisciplinado; nuestra educación ha dado sus frutos. No es perfecto... ni mucho menos... pero vale mil veces más.

—¿Dónde está?—preguntó lady St. Just.

—Le puse en el mejor colegio que pude encontrar... en el del doctor Lester, de Hannover-

mith. Se llama Enrique Norman. No necesita de nada... ¿me cree usted, Bibiana?

—Sí,—contestó ella;—de eso estoy segura. Pero fué una cruel decepción... una cruel bondad... un hecho cruel. Hubiese preferido morir ayer que oír esto hoy.

—Sin embargo, ¿usted ha sido feliz, querida mía?

—¡Sí... pero toda felicidad ha concluído,—contestó ella con amargo llanto;—sí, concluído! Ya no podré volver á ser feliz.

—Lo hice porque la amaba á usted y me era insufrible el conocimiento de su infelicidad. Tan sólo me guió el amor... la bondad. Y vea usted á dónde me ha conducido este fatal amor. He manchado mi alma con un pecado y la salud me ha abandonado. La he amado á usted y yazgo aquí moribundo. Y ahora me digo, con contritas lágrimas, que hubiera podido pensar en Dios así como sólo pensaba en usted.

—¡Mi pobre Gerardo,—dijo ella,—eso es un terrible amor!

—Ya lo sé... él me ha matado. Jamás había concebido grandes esperanzas. Usted era orgullosa, bella, altiva... yo tan sólo un pobre dependiente. Nunca esperé verme correspondido; pero lo mismo que una flor da su perfume al sol, lo da todo sin esperar recompensa, del mismo modo estaba yo dispuesto á morir por usted. No necesitaba ser correspondido. Arroje mi honor, mi sinceridad, mi honradez á sus pies, y hágase pecado aun más gravemente por verla á usted feliz. La amaba á usted más que á mí mismo.

—Pero, Gerardo,—dijo ella gentilmente,—¿por qué me ha dicho usted su secreto? ¿Yo era tan feliz en mi ignorancia! ¿Por qué no ha guardado usted su secreto hasta lo último?

En los ojos del moribundo pareció arder una súbita luz.

—Porque no podía morir sin revelarlo. Me he detenido en la agonía de la muerte y no podía morir. Usted no puede ver lo que yo veo, querida mía. Aquí, á mi lado, está el sombrío rey espada en mano. Y ésta no podía caer hasta que yo no se lo dijese á usted... hasta que no se hiciese justicia. Podía vivir en pecado... pero no morir en él.

—¡Sin embargo no comprendo por qué me lo ha dicho usted!—gimó ella.—Yo era tan feliz!

—Oígame usted, querida mía,—dijo Gerardo.—Es preciso hacer justicia... es preciso que el niño vuelva á Lancewood.

—¡Jamás,—exclamó ella con apresuramiento.—jamás! Todo nuestro pecado y sufrimiento no pueden haber sido en vano.

—Pero yo repito que debe hacerse, Bibiana. Es necesario obrar en justicia; devolverle al niño lo que es suyo.

Una aguda convulsión de dolor contrajo el semblante del enfermo. Lady St. Just dejó caer su cabeza sobre la almohada y acarició los cabellos sudorosos del moribundo; éste recobró de nuevo la calma.

—Bibiana,—murmuró débilmente,—una vez, hace tiempo, cuando nos despedimos, usted me besó, y la memoria de aquel momento nunca se

ha apartado de mí. ¡Bésemelo usted otra vez, querida mía, puesto que muero por usted!

Bibiana posó sus frescos labios en los de Gerardo, que iban tornándose fríos. Notó en aquel rostro un extraño cambio y levantóse apresurada para llamar á la enfermera.

—Temo que Mr. Norman está peor,—dijo.

La enfermera le miró.

—Está en la agonía, señora,—dijo.

Gerardo abrió sus ojos, que estaban velados por una extraña, profunda sombra, y los fijó en el rostro de Bibiana. Esta vio que sus labios se movían y se inclinó hacia él.

—Es preciso que el niño vuelva á Lancewood,—dijo con voz apenas perceptible.—Prométamelo usted.

Bibiana no contestó.

—¡Prométamelo usted!—repitió él.

Pero antes que Bibiana contestase, Gerardo Norman había muerto.

—Por fin descansó,—dijo la enfermera.—¿Se ha impresionado usted mucho, señora?

Lady St. Just se arrodilló, medio acurrucada en el suelo; no la postraba tanto la muerte de Gerardo Norman como la historia que había oído.

—¿Quiere usted que le prepare algo, señora?—preguntó la mujer afablemente.

Lady St. Just dijo que nada y le dió las gracias; después, levantándose, contempló largo intervalo el rostro del muerto: el rostro del hombre que la había amado tanto.

—Era un fiel amigo de nuestra casa,—dijo lentamente.—Fué secretario de mi padre, y mi marido se cuidará de que sea enterrado debidamente.

Pues, con la viveza de su clara inteligencia comprendió que no debía ocultarle á su marido lo ocurrido. La pensión que Gerardo disfrutaba volvía á la herencia. Era mucho mejor no hacer un misterio de su muerte. "De momento" no había necesidad de mencionar á Osvaldo.

De nuevo inclinóse lady St. Just y depositó un beso en la frente del muerto.

—Adiós, Gerardo!—dijo.—Me ha servido usted bien, me ha amado usted bien... demasiado bien para su felicidad y la mía.

Y otra vez miró el conocido, y, sin embargo, extraño semblante; extraño en la marmórea belleza que se iba extendiendo sobre él. El que la había amado tanto, el que había sufrido por ella, pecado por ella, yacía inmóvil; ya no podía ni amar ni sufrir.

Un torrente de lágrimas inundó sus ojos; ¡Cuán bueno había sido para ella aquel hombre sin ventura!

—¡Ha muerto, Juana,—dijo á la doncella, en cuanto subieron al coche;—ha muerto!

Y Juana no supo jamás que lady St. Just había visto morir á Gerardo Norman; creyó que su señora había llegado demasiado tarde. No la sorprendió verla llorar durante todo el camino; llorar con pasión desesperada, con el corazón desgarrado. Juana pensaba muy natural que sintiese, y que sintiese profundamente, la pérdida de un tan fiel y devoto amigo como Gerardo Norman.

Milord se disgustará al verla á usted tan atribulada,—observó la fiel doméstica.—¿Sabe que usted ha ido á verle, milady? Pero no... estoy segura de que, á saberlo, la hubiese acompañado á usted.

—No se lo dije, Juana,—contestó Bibiana.—La carta venía dirigida á mí, y estaba escrita por el médico, creo. Mi marido no estaba presente cuando la leí.

Cuando llegaron á casa, lord St. Just estaba ausente, y ella dió gracias al cielo que la concedía tiempo para reponerse. Cuando su marido se presentó, estaba Bibiana pálida é indispuesta, pero él no se fijó.

—Adrián,—dijo ella,—¿puedes dedicarme unos momentos? Tengo que hablar contigo.

—¿Cómo no? Me tienes completamente á tus órdenes.

—¿Te acuerdas del secretario de mi padre? Me habrás oído hablar con frecuencia de él...

—Ciertamente,—replicó lord St. Just con su acostumbrada afabilidad.—No le señalo tu padre una pensión vitalicia?

—Sí. Hoy recibí una carta, en la que se me decía que estaba moribundo y quería verme. Fué á verle... y murió á los pocos minutos de mi llegada.

—¡Adorada mía,—exclamó lord St. Just,—no debieras haber presenciado semejante escena!

Pero Bibiana pareció no haberle oído. Después de una breve pausa continuó:

—Fué para mí una gran sorpresa. Ni aun sabía que estuviese en Inglaterra.

—Comprendo tu pesar, Bibiana. Era un ídeal amigo, según tengo entendido.

—¡Demasiado leal!—se dijo ella ahogando un suspiro.

Sin su afán de sacrificarse por ella, sin su portentoso amor y fidelidad, no se vería en la terrible posición de ahora.

—Se está haciendo tarde, Bibiana,—dijo lord St. Just de pronto.—Recuerda que tenemos convidados, querida. Anda, corre á vestirse.

Luego, percatándose de la abstraída expresión de su mujer, se apresuró á añadir:

—¿Deseas que haga algo en este asunto?

—Sí,—contestó ella;—el pobre Gerardo sólo tenía un pariente, un hermano, el cual reside en Ruan. Deseo que Gerardo sea enterrado dignamente.

—Me cuidaré de eso personalmente,—dijo el generoso lord;—presidiré el duelo... ¿te complacere esto, Bibiana?

Lenta y tristemente, ella levantó su pálida faz y besó á su marido.

—¡Siempre bueno conmigo,—dijo,—siempre bueno!

—Mi sin par Bibiana, ¿cómo pudiera no serlo? Esto es duro para tí. Conozco que estás apenada por ello; es para tí una pérdida. Los nuevos amigos no ocupan jamás el puesto de los antiguos. Es un disgusto para tí; pero, si tratas de estar como siempre esta noche, y procuras entretener á tus huéspedes como de costumbre, me darás un gran placer; sin embargo, si prefieres no bajar á comer, yo excusaré tu ausencia.

—Bajaré,—replicó ella;—te cuidarás de que se le tribute el debido respeto al antiguo secretario de mi padre?

—Te lo prometo, querida mía.

Y, besando su pálida faz con más efusión que de costumbre, lord St. Just salió del aposento.

CAPITULO XXII

—Viviré con esta inteligencia lo que me resta de vida,—pensó lady St. Just;—como si empezara ahora mi tarea.

Sin embargo, tenía algunas terribles causas para estar ansiosa; ¿podía encontrarse entre los papeles de Gerardo algo que la comprometiera. Esta era la principal. Trató de tranquilizarse á sí misma diciéndose que Gerardo la amaba demasiado para ser negligente en lo que la concernía. Sin embargo, durante los dos siguientes días, la bella, orgullosa dama, sufrió todos los martirios de la incertidumbre. Cada campanillazo en la puerta, cada llamamiento á la de su habitación, cada inusitado sonido, la hacían estremecer, y por fin lord Adrián comenzó á temer que su mujer estaba enferma, y á preguntarse lo que podía haberla abatido. Fué una época de prueba para los pobres nervios de Bibiana. No se atrevía á ir de nuevo á la residencia de Gerardo, por temor de llamar la atención y excitar comentarios.

Llegó el día de los funerales de Gerardo, y los que sabían su relación con la familia, aplaudieron la conducta de lord St. Just, que presidía el duelo, dando una prueba de sus generosos sentimientos. Lord Adrián había cuidado de que la ceremonia fuese digna del fiel amigo de los Neslie. No asistió el hermano de Gerardo; la ocupación que le retenía en Ruan no podía ser abandonada un momento. Así el pobre Gerardo fué conducido á su última morada, y lord St. Just hizo colocar sobre su tumba una lápida con senda dedicatoria.

Sintió mucho la temprana muerte del desaparecido secretario.

—Quizás sea,—dijo á su mujer,—porque como encuentro la vida tan placentera y hermosa, le temo á la muerte, que es el término de la vida. No sabes lo que me apenó ver colocar en su sepultura á tu pobre amigo.

El día de los funerales de Gerardo fué uno de los más tristes en la vida de Bibiana; además de ser un fiel amigo, el pecado lo había asociado.

En la tarde del siguiente día en que había oído la terrible historia, encerróse en su habitación para pensar detenidamente en lo que le convenía hacer. Una sola cosa debiera hacer: reintegrar en su herencia al despojado. A vivir Gerardo unos momentos más, se hubiese visto obligada á prometerlo; pero murió cuando ella tenía las palabras en sus labios. Durante su última entrevista con ella, Gerardo le indicó cómo podía arreglar aquello: presentar el niño al abogado de la familia, indicando que había sido recuperado de sus secuestradores. Bibiana vió que la cosa era posi-

ble; que podía ponerle en Lancewood sin que nadie sospechase de ella.

Pero después de tantos años de posesión, cuando había puesto todas las energías de su alma y de su corazón, todo su talento, su paciencia, tiempo y fortuna para restaurar la mansión de los Neslie; después de tantos años de labor y pensamiento, y sabiendo que Lancewood era ahora la mejor posesión de la comarca, le parecía imposible cederlo. Entregarlo al hijo de una titiritera verlo inmediatamente hecho un centro de disipación, manchadas su glorias; no podía tolerar el pensamiento. Honor y honradez, justicia y rectitud, abogaban en vano; no podía decidirse á lo que debía; y así, desafiando voluntariamente la la justicia, conociendo la extensión de su crimen, borrando el recuerdo de la moribunda faz y los suplicantes ojos, resolvió continuar el pecado de su vida.

—Si hubiese tenido otra madre,—se repetía una y cien veces,—lo haría; pero Lancewood no será presa de una amazona de circo, no importa cómo se llame, ni de sus corifeos.

Al mismo tiempo resolvió hacer por el niño cuanto estuviese en su mano; le daría una esmerada educación y aseguraría su bienestar. Confió en su inventiva para que su existencia fuese un secreto. En último caso, si se descubría, saldría del paso diciendo que Gerardo Norman se lo había recomendado á la hora de su muerte y por eso le protegía.

—No hay aquí daño,—se dijo con aire de desesperación;—el daño estaría en poner Lancewood en manos de esas gentes.

Al siguiente día, al salir de su cuarto tocador, vió al pequeño Arturo que la esperaba á la puerta.

—Mamá,—dijo, tendiéndole los brazos;—he apostado con Francisco que tendría el primer beso, y... lo he tenido.

Ella tomó al niño en brazos y le miró fija y largamente. Graves eran los pensamientos que pasaron entonces por su mente. Aquel pecado suyo, la usurpación de la propiedad ajena, ¿crecería sobre la inocente criatura que tenía en sus brazos? Arturo sería un día dueño de Lancewood; ¿le castigaría Dios por su participación en el despojo?

—Quisiera,—se dijo lady St. Just,—comprender más de estas cosas. ¿Cómo puede sufrir este niño, siendo inocente de todo?

Volvió á mirar al niño, y en su corazón se desbordó un amor inmenso.

—¡No haré nada que pueda perjudicarte,—pensó,—mi hermoso y amado niño!

Después recordó lo orgullosa que ese sentía de él, por ser el que había de heredar la casa que tanto amaba. ¿Podía arrebatarla para entregarla al hijo de Valeria? ¡Mil veces no! Su hijo era un verdadero Neslie; llevaba la noble sangre en sus venas, una noble alma brillaba en su inteligente faz. ¿Despojarle por el hijo de Valeria... el niño educado en la tiranía y el engaño! ¡Mil veces no!

—¡Tendré á Lancewood á todo riesgo,—se dijo;—lo reservaré para Arturo!

El niño echó los brazos al cuello de su madre.—Mamá,—dijo,—¿qué sería estás!... ¿es que me he portado mal?

—No, querido mío,—replicó ella, y el niño ocultó su rostro en el seno de su madre, al verle lágrimas en los ojos.

Después Arturo se marchó a jugar, y lady St. Just acudió a sus quehaceres habituales.

Bibiana no podía mirar ni oír a sus hijos sin contemplar al pequeño Osvaldo, de quien se acordaba cuando era aún niño. Le había amado hasta cierto punto, pues era su hermano, y había hecho todo lo posible para educarle bien. Se preguntaba cómo se habría hecho... cómo estaría... sobre todo, si conservaba alguna reminiscencia de Lancewood. Le asaltó un inmenso deseo de verle, de saber si el niño se figuraba ser Enrique Norman, si conservaba algún recuerdo de su infancia.

La idea llegó a poseerla hasta degenerar en una especie de fiebre. Se dijo que si le veía una vez recobraría la tranquilidad; que si podía hablarle, saber algo de él, no estaría obsesada como ahora.

¿Cómo podría verle?... yendo al colegio de Dr. Lester? Miró el libro de señas y encontró el nombre. Iría cualquiera de los días en que lord St. Just estuviese ocupado. No necesitaba llevar a Juana con ella, ni ir en un carruaje de casa; tomaría un coche de punto en cualquier lado.

¿La reconocería el niño? No; de esto estaba segura; Gerardo no mentía nunca, y había asegurado que Osvaldo no recordaba nada de su primera vida. Iría, y si tenía que dar su nombre diría Mrs. Smith, Mrs. cualquier cosa. Lo único cierto es que quería ver a su hermano.

—Bibiana,—le dijo lord St. Just ansiosamente—¿o no te encuentras bien, ó estás maquinando alguna terrible conspiración... ¿qué es?

Las palabras se aproximaban tanto a la verdad que Bibiana tembló.

—¿Por qué me dices eso, Adrián?—preguntó

—Adorada mía, no puedes figurarte lo que has cambiado. Hasta hace poco, eras todo luz y sonrisas, y ahora te veo siempre preocupada y pensativa. Jamás te encuentro leyendo, escribiendo ó jugando con los niños; siempre abismada en reflexiones... siempre meditabunda. ¿Sabes que he entrado a veces en tu aposento y he salido sin que me vieras ni oyeras? A veces te hablo, te hago alguna pregunta, y me miras con la vaguedad del que despierta de un sueño. ¿Qué es lo que ocupa tan hondamente tus pensamientos?

Bibiana trató de sonreír, de contestarle jovialmente; pero no le fué posible. Sus labios temblaron y se puso pálida.

—No estás buena,—dijo milord.—Has trabajado este año demasiado para mí, Bibiana. Debe a tu afán gran parte de mi éxito... pero es preciso que renoses. Dejaremos la capital lo más pronto posible.

Ella le echó las manos al cuello y le besó.

—Fres muy bueno para mí, Adrián,—dijo.—No merezco tan gran amor.

Y lord St. Just se echó a reír al oír esto.

CAPITULO XXIII

Las palabras de su marido produjeron gran impresión en lady St. Just. Conocía que eran verdaderas. En su mente no había más pensamientos que para Osvaldo. Jamás hubiese podido ser una consumada criminal; tenía demasiada conciencia para ello. Podía haber despojado a su hermano de la posesión de Lancewood; pero le era imposible olvidar su existencia. Era preciso que le viese, que le atendiese, que le ayudase a prosperar en la vida; que hiciese todo, en suma menos restituirle su herencia.

—Pero una cosa es cierta,—se dijo,—si desearé guardar mi secreto, no debo dejarme absorber tan completamente por él.

Toda la expresión de su fisonomía parecía haber cambiado; estaba llena de vagos, abortos pensamientos; la vida y animación casi la habían abandonado.

—Estaré mucho mejor en cuanto le haya visto,—se decía.—Me persiguen mil temores y mil pensamientos que se desvanecerán como sombras, así que le vea.

Esto llegó a ser su idea fija, y por fin vino el día en que tuvo ocasión de darle término. Lord St. Just fué con algunos amigos a Gravesend; se trataba de una comisión técnica que debía informar acerca de una cuestión naval. Estaría ausente todo el día, y lady St. Just resolvió aprovecharlo para ir a Hamruensmith.

Como la vez que fué a ver a Gerardo Norman vistióse lo más sencillamente posible. Una falda de seda negra, un largo abrigo, y una capota con espeso velo.

Así ataviada, ¿quién iba a reconocer en ella a la hermosa y elegante lady St. Just?

Procuró salir de casa sin ser vista, teniendo la precaución de enviar fuera a Juana previamente.

—Buena caminata,—dijo el auriga al oír las señas.

—Será usted bien pagado,—contestó ella con sublime ignorancia de los ardides cochertiles.

Su corazón palpó con violencia al detenerse el coche delante de un vasto edificio cuadrado, aislado, y rodeado de árboles. "Academia Politécnica," se leía en la fachada.

—Espéreme usted aquí,—dijo al cochero cuando éste abrió la portezuela, —tardará algo.

El cochero sentóse en el pescante, sacó un periódico y se felicitó mentalmente de su buena fortuna.

Abrió la puerta un lacayo, el cual dijo a Bibiana que no estaba el doctor Lester, pero sí Mr. Hardman, el vicedirector.

—Quería ver a un colega... el señorito Enrique Norman... ¿está aquí?

—Sí... sírvase usted pasar aquí, mientras voy a llamarle,—fué la respuesta.

Fuó introducida en un pequeño recibidor, sin ninguna nota alegre que lo recomendase; contenía una mesa cuadrada, unas cuantas sillas con

asiento de crin, un par de esferas y un mapa mural. Toda perspectiva de la ventana estaba impedida por un enrejado metálico.

Lady St. Just tomó asiento. Su corazón palpitaba con fuerza; sus piernas temblaban... no podía tenerse en pie. Iba a verle otra vez, al hijo de Valeria, al niño que había despojado de su herencia, al heredero de Lancewood, el descendiente de una "cuyére" francesa, el niño que ella había arrullado en sus brazos, que trató de educar y que abandonó desalentada.

Levantóse el velo para poder respirar bien; sus labios ardían como fuego; después se echó el velo y trató de aparecer tranquila. Ovó pasos.

Un señor de edad apareció, diciendo ser Mr. Hardman, el vicedirector. Miró con cierta curiosidad la gentil figura de aquella dama.

—¿Desea usted ver a uno de nuestros alumnos, señora... a Enrique Norman? Es huérfano crea. ¿Puedo preguntar si conoce usted a alguno de sus parientes?

—Conoció a su madre,—contestó ella.—Deseo verle, aun cuando él no me conozca. Era muy niño cuando le ví la última vez.

—Nos vemos obligados a ser muy precavidos—observó Mr. Hardman.—Por regla general, exigimos una escueta de los padres ó encargados antes de permitir que vean a nadie.

El instinto había dicho al vicedirector que tenía una dama delante.

—Esto no obstante,—añadió,—voy a enviárselo a usted en seguida.

Y, diciendo esto, salió. ¡Oh Dios!... si su corazón palpitase menos furiosamente... si aquella bruma quisiera desvanecerse de delante de sus ojos... si sus temblorosos miembros se calmasen!

¿Cuándo vio a Osvaldo la última vez? Recordó el día y la hora. Había dado su lección correctamente al pobre Gerardo, y, para recompensarle ella le dió una pelota.

—Eres una buena hermana!—dijo él saliendo alborozado del aposento.

—Una buena hermana! Estas palabras le produjeron aguda pena.

Antes de abrirse la puerta, oyó una alegre voz que decía:

—¿Alguien que quiere verme, Jaime? Debe usted estar equivocado. Nadie viene a verme a mí.

—Usted se convencerá, señorito Norman,—fué la respuesta.

Y después el niño estaba ante ella.

Sus ojos casi lo devoraban. Su respiración se hizo ardiente y entrecortada. ¿Cómo podría ocultarle? ¿Cómo podría ocultar su pecado? Vio delante de ella un muchacho alto y esbelto, con los negros ojos y la larga cabellera de su madre. Ahí terminaba todo el parecido con Valeria. El rostro era como el suyo—el de Bibiana,—un verdadero rostro de Neslie. No había equivocación posible: no podía pasar inadvertido. El niño le miró con risueños é imperturbables ojos.

—¿Está usted segura,—dijo,—de que soy yo el que usted desea ver? No crea que me conozca persona alguna en el mundo.

Bibiana tomó las manos del adolescente entre las suyas; en su corazón nació una inmensa compasión por aquella desolada orfandad.

—Conoció a su madre de usted, Enrique,—dijo,—cuando era usted aún muy niño.

—Hubiera querido conocerla yo,—dijo el niño.

—Cuando mis compañeros hablan de sus madres, me pregunto cómo sería la mía.

—¿No la recuerda usted?—preguntó Bibiana.

—Recuerdo dos caras,—dijo el niño;—una blanca y risueña, la otra morena y linda; pero no puedo decir cuál de las dos sería la de mi madre. Recuerdo estas dos caras de una manera vaga, indistinta. ¿Usted conoció a mi madre?

—Sí, la conocí. Este es el motivo de que haya venido a verle a usted.

—¿Y cómo sabe usted que yo estaba aquí?—preguntó Osvaldo.

—¿Y dónde vivía?—preguntó lady St. Just.

—Lo oí casualmente,—contestó;—y creí que debía venir a visitarle.

—¿Por amor a mi madre?—preguntó él.

Y Bibiana no pudo afirmar que fuese por amor a Valeria.

—Vendré a verle alguna que otra vez,—continuó lady St. Just,—y si desea usted algo, dígamelo y se lo enviaré.

—Son muchas las cosas que yo deseo. Una buena pelota... y después, un arco y flechas...

—¿De veras?—preguntó Bibiana con animado semblante.—Pues cuente usted con ello.

Siempre era un pequeño consuelo poderle complacer en algo.

La semana que viene volveré,—dijo lady St. Just,—y traeré esos chirimbolos.

—Es usted muy amable,—dijo el muchacho. Y su voz era tan parecida a la de Valeria que Bibiana se estremeció.

Observó que el niño la contemplaba intensamente a través del velo.

—Aun no me ha dicho usted cómo se llama,—observó el muchacho rigido.

—No lo conocerá usted aunque lo diga,—contestó ella;—pero se puede usted acordar de Mrs. Smith... así me llamo.

—¿Se llama usted Smith?—dijo.—tengo cinco compañeros que se apellidan Smith, y los niños dicen que el director no quiere admitir ninguno más. Mrs. Smith, ¿usted conoció a mi padre?

—Dios me perdone!—suspiró Bibiana desde las profundidades de su corazón.—Sí,—contestó con voz débil.

—El y mi madre han muerto,—dijo el niño apenado.—Yo estuve en América con mi tío Norman. Pero ha muerto, y me he quedado solo en el mundo.

—¿Era Mr. Norman su tío?—preguntó lady St. Just.

—Sí. Yo le llamaba el tío Gerardo.

—¿Y dónde vivía?—preguntó lady St. Just.

—Creo que ha vivido siempre en América,—contestó Osvaldo reflexivamente;—nunca me habló de Inglaterra mientras residimos en Nueva York. Venimos juntos a Inglaterra. Me puso en este colegio... y murió hará unos días.